CUADERNOS historia 16

La crisis de 1968

Amando de Miguel y José M. Rodríguez



100

140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-042-2, tomo X
Depósito legal: M. 41.536. – 1985.



La policía reprime una manifestación racial en los Estados Unidos durante el año 1968

Indice

LA CRISIS DEL 68

La crisis del 68

Por Amando de Miguel
Catedrático de Sociología. Universidad Complutense de Madrid

Vista desde la cultura española, imitativa y ramplona, la fecha crítica de 1968 se asocia para mucha gente con el *mayo francés*, un suceso muy expresivo, bien que minúsculo y con un desproporcionado éxito de público y crítica. Si esa fecha simbólica no hubiera sido más que la incruenta rebelión de los estudiantes parisinos (en alguna medida extranjeros) de mayo de 1968, no merecería demasiada atención en la rememoranza de la reciente historia de las ideas y los movimientos sociales. Pero fue mucho más que eso.

Los doce meses de 1968 estuvieron cargados de acontecimientos de significación universal, como año crítico que fue, para empezar, en el terreno económico. Esa fecha es sobre todo el cenit, la línea divisoria o punto de inflexión de una serie de tendencias que afloran desde los años cincuenta y que se acompasan a la trayectoria del ciclo económico y a los episodios de la guerra del Vietnam, la primera guerra transmitida por televisión.

En realidad, los años sesenta son los de la retransmisión televisual, por primera vez y con vocación de universalidad, de una serie de acontecimientos, desde las guerrillas hasta los conciertos de *rock*. La fecha simbólica del 68 es la crisis de todo eso que hoy añoramos en el recuerdo, porque, para muchos de nosotros, los años sesenta fueron los de la entrada en la mayoría de edad, los de la despedida de la juventud.

Los sucesos todos de 1968 tienen mucho de espectáculo, de representación, de teatro en la calle. A los editores les gusta mucho que escribamos sobre ellos porque se pueden ilustrar muy bien. La contemplación diferida de esos sucesos puede producir múltiples reacciones, de la nostalgia al rechazo, pero no deja a nadie indiferente. Pasa como con la música *rock*, sin duda la expresión estética más característica de los años sesenta. El *rock* es *la música que hace que te muevas*. Es algo más que un recurso técnico el hecho de que el símbolo del *rock* sea una guitarra enchufada a la corriente eléctrica.

En la protesta universitaria del 68, en diversos países y ambientes, destaca un elemento común por lo nuevo: algunos de los protagonistas, profesores y estudiantes, enseñan o aprenden sociología. Diríase que los sociólogos, cansados de estudiar las revoluciones, se disponen a hacer no ya la revolución social, sino la revolución sociológica.

Hay que convenir que el conocimiento sistemático de la sociedad no les dio una especial capacidad para dominar los acontecimientos. En el nuevo lenguaje de los revolucionarios del *mayo francés*, el *sociólogo* pertenece al género odioso en el que, asimismo, se engloba a profesores, militantes de los partidos establecidos y otras especies que en conjunto reciben el apelativo de *flics* (el despectivo para *los policías; los grises* se decía en los ambientes estudiantiles de esos años). La venganza de la sociología es recrear los acontecimientos del 68, que son todavía *historia presente*. Lo que sigue es sólo un ensayo que deberá completarse con las incursiones mejor pertrechadas de los especialistas.

El año americano

El año de gracia de 1968 es denso en noticias de gran significado para el mundo entero, si bien hay que centrarlo en Estados Unidos, protagonista de la guerra del Vietnam, el conflicto armado que ha alineado a más intelectuales.

En enero de ese año, el Vietcong lanza

Manifestación de homenaje a las víctimas de la ocupación soviética de Checoslovaquia. Praga, agosto de 1968 (izquierda).

Martin Luther King (derecha).

Manifestación de un grupo de Panteras Negras en los Estados Unidos (abajo)

por sorpresa la ofensiva del Tet que significa el ápice de la *escalada* final y el desmoronamiento de la esperanza de victoria de los norteamericanos.

En abril cae asesinado Martin Luther King, que era ya un mito viviente, un visionario del movimiento de liberación de los negros. En ese mismo mes estallan los disturbios estudiantiles en la Universidad de Columbia, que se propagan a otras ciudades.

En junio es asesinado Robert Kennedy, con lo que concluye la ilusión de la *nueva frontera* y de la *gran sociedad*. El famoso pediatra doctor Spock es condenado por aconsejar la deserción de los llamados a filas para el Vietnam.

En agosto las tropas soviéticas invaden Checoslovaquia y aplastan la rebelión estudiantil de carácter nacionalista. La convención demócrata de Chicago termina con una violenta manifestación en la que se producen varios muertos. Los jóvenes radicales consideran que la *nominación* de Humphrey estaba amañada por los caciques sindicales del Partido Demócrata. Tom Hayden fue el líder estudiantil en los sucesos de Columbia y de Chicago.

En noviembre se recoge la fatal estadística: sobre el minúsculo Vietnam se han arrojado más bombas que todas las utilizadas durante la Segunda Guerra Mundial. Nixon gana las elecciones.

El año no puede ser más nefasto desde una perspectiva progresista. En la base de todos esos tristes sucesos está el hecho de ser el año terminal de un ciclo económico de gran bonanza. En 1969, después de muchos años, la tasa de crecimiento económico de Estados Unidos se hace negativa. La recesión se había acusado ya en Europa.

Lo más triste es que el optimismo económico de los años anteriores se había obtenido en Estados Unidos sobre la base de la próspera *economía de guerra*, que canalizaba el paro (más de medio millón de soldados en Vietnam y otras tantas personas en las actividades auxiliares de la inmensa máquina militar) y alentaba la investigación científica con fines bélicos.

No es ésa la única trágica ironía. La protesta contra la guerra la llevan a cabo los hijos de las clases desahogadas; más que eso, insumergibles. Entretanto morían en Vietnam los hijos de las clases trabajadoras silenciosas, negros e hispanos en una gran proporción.

El año 1968 tiene una significación generacional. Llegan a la mayoría de edad los nacidos en el *baby boom* de los años que siguieron a la victoria de la Segunda Guerra Mundial. Nunca ha sido tan abultado el escalón de los jóvenes en la pirámide demográfica americana y nunca volverá a serlo. No sólo son más, sino que son más exigentes. Desoyendo la retórica de John Kennedy, no se preguntan qué pueden hacer por su país, sino qué puede hacer su país por ellos.

Esta es la exigencia de los estudiantes, de los jóvenes negros, de los licenciados de Vietnam, de los braceros chicanos. El exceso de demandas sociales y el derroche de violencia le cuesta al presidente Johnson la carrera política y, más tarde, la vida. Fue una victoria pírrica del movimiento radical; significó la ascensión de Nixon.

El asesinato de Martin Luther King es uno de los hitos de la época. Fue el menos sorprendente de todos los magnicidios, tantas veces había sido anunciado. En el discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz, el doctor King arguyó que no había más que dos alternativas: la no violencia o la no existencia. Acertó trágicamente. El desaparecía y se recrudecía la violencia en todas sus formas.

No se entiende el fracaso de la protesta estudiantil sin registrar que durante todos estos años se estaba alimentando la cultura de los *hippies*, los jóvenes desengañados, por oposición a los *squares*, los engañadores, los activos y activistas de cualquier afán o empresa.

Los *hippies*, al decir de uno de sus mejores cronistas, Jack Newfield, proclaman que es mejor hacer el amor que la guerra, que hay que *desaprender* lo que le enseñaron a uno en las aulas, que hay que cultivar la espontaneidad, que hay que vivir comunalmente, que hay que escuchar a Bob Dylan y leer a Hermann Hesse o, mejor todavía, a Snoopy. El principio supremo es el placer inmediato, lo que inhibe todo esfuerzo sostenido para cambiar las cosas y exige el alimento de las drogas alucinógenas. La cultura *hippie* está en el transfondo de la New Left y hace a ésta estéril. Los que debían ser aliados se tornan en contrarios.

Las manifestaciones estudiantiles de Columbia son inmediatamente anteriores a las del *mayo francés*. Dieron el tono de lo que iba a ser un año particularmente convulso en miles de universidades de todo el mundo. Columbia era un polvorín, un enclave blanco en medio del Spanish Harlem, y un

centro que financiaba investigaciones de interés bélico. Los estudiantes colgaron un cartel de la famosa estatua del Alma Mater: *Violada por los polis*. El sentimiento de violación de la *madre nutricia* se iba a extender por todo el mundo.

Los sucesos de Columbia no fueron nada espontáneos. La *toma* de Columbia fue decidida meses antes en la reunión de Maryland del Students for a Democratic Society (SDS, el núcleo del movimiento estudiantil). Se consideraba el símbolo de la universidad privada, de prestigio, y la sede de muchos intelectuales establecidos. Era el *palacio de invierno* de la inminente revolución estudiantil.

La *revolución* fracasó ante la consabida carga de la policía, pero las imágenes de la embestida —estamos en la era de la televisión y de los primeros satélites de comunicaciones— ilustraron a todo el mundo de que los estudiantes eran una fuerza política, un poder real; los estudiantes de muchos otros países entonan el *We shall overcome* y recitan los textos de Marcuse o Paul Goodman.

Qué curioso que el fermento antiimperialista pase en muchos países por imitar, y aun copiar, la prosa y la plástica de los estudiantes radicales americanos. Estados Unidos es a un tiempo el malo y el bueno del drama. Los símbolos de la opresión imperialista y de la protesta antiimperialista proceden del mismo sitio. De Estados Unidos procede la CIA y también el LSD.

Los hijos de las clases ilustradas de Estados Unidos cargaron sobre sí toda la culpa del imperialismo. Estaban dispuestos a condenar por antidemocráticas las burocracias de sus propias universidades y a ensalzar como democracias puras, sin ninguna veleidad autoritaria, los regímenes de Castro o Mao.

Uno de los hechos más intrigantes del movimiento universal de protesta estudiantil es que estalla preferentemente en las universidades de más prestigio. En Estados Unidos, al menos, este dato es claro. También lo es que la actitud de protesta alcanza a una escuálida minoría de estudiantes, bien que activa y activista. La mayoría de estudiantes —incluso en el cenit radical de 1968— permanece apática. Este es uno de los datos que explica la pérdida de ener-

Los conciertos musicales celebrados en Woodstock constituyeron uno de los momentos fundamentales en el movimiento juvenil de la época



gía de los movimientos de protesta: la gran masa estudiantil no termina de contagiarse del fermento revolucionario de los contados activistas.

El relativo éxito de los rebeldes se debe más a la atención prestada por los medios de comunicación que a su capacidad de convencer a nuevos adeptos. Antes que conductores de masas, los líderes de los movimientos estudiantiles lo son porque se hacen sensibles al uso de los medios de comunicación. Estos se centran en ellos porque excitan ciertos sentimientos negativos que están presentes en la generación adulta más instalada: resentimiento, nostalgia y culpa.

Los activistas del movimiento estudiantil no se enfrentan al hecho de la *propiedad* (como podían hacerlo los revolucionarios clásicos), sino al de la gestión. Su postura es más ética que política. Los estudiantes rebeldes gustan de la palabra, de la expresión estética, se *manifiestan*, más por lo que se hace *a otros* que por lo que ellos mismos sufren (que no es mucho). Los líderes estudiantiles de los años sesenta proceden en todas partes de hogares acomodados con una atmósfera liberal. No suelen estudiar carreras técnicas.

En 1968 el sociólogo crítico Irving L. Horowitz escribe un influyente artículo sobre el radicalismo americano, que entonces llegaba a su culminación. Para él, se trata de la última manifestación del irracionalismo político y, como tal, se emparenta más con el anarquismo de finales del siglo XIX que con el socialismo de los años treinta. En realidad es una revuelta contra este último. Es una revuelta moralista que afirma la salvación de cada individuo y la condena de todas las grandes organizaciones. *Lo importante es la terapia, no la victoria*. Se entiende la terapia de los propios revolucionarios.

La enorme diferencia con los sindicalistas de fines del siglo pasado es que ahora la vanguardia revolucionaria estaba en manos de una distinguida hueste de estudiantes y profesionales. Resulta asombroso el parecido entre este irracionalismo antiliberal de los radicales del 68 y el que caracterizó a los movimientos fascistas. En ambos casos, por irónico que pueda parecer, hay una exaltación del activismo, la juventud, la estética, el hedonismo, y un disgusto por los aspectos formales de la democracia representativa.

No cabe la menor duda de que la fecha de 1968 se asocia en todas partes al protagonismo de un grupo social, el de los estudiantes, especialmente protegido y privilegiado. Tienen poder sin responsabilidad. Descubren que pueden votar en las elecciones generales, pero su opinión no cuenta casi nada para dirigir sus propias universidades. Si algo va a quedar de las rebeliones estudiantiles del 68 es precisamente que la Universidad tiene que ser una organización más democrática.

Los estudiantes universitarios son una categoría residual de adultos a los que no se trata como tales. Los continuos exámenes cumplen una función de humillación que genera gran resentimiento. No hay que extrañarse de que en la América de 1968 los negros y los jóvenes se sientan preteridos de parecida manera. Ni el estudio ni el servicio militar son considerados como *trabajo* y, por tanto, no se remuneran; para muchas personas son actividades prácticamente obligatorias, más aún que el trabajo.

Los jóvenes (solteros) y los presos son los únicos ciudadanos capaces de reproducirse para quienes cualquier forma de relación sexual es considerada como ilegítima. Vistas así las cosas, no hay que extrañarse de que la revolución estudiantil del 68 sea más un *espíritu* y una *protesta* ética que una verdadera revolución.

Hay dos palabras que destacan en los escritos de y sobre los estudiantes americanos en torno a la crisis de 1968: *identidad* y *relevancia*. Cundieron rápidamente en todas partes. Las dos apelan al mismo mito esencialista de la autenticidad, de dar un sentido a la existencia, de buscar certezas. Se trata de una búsqueda que jamás concluye, lo que confiere al hecho una extraña cualidad de perenne provisionalidad.

Nadie puede asegurar que ha encontrado su identidad o que todo lo que hace resulta relevante o auténtico. Como esta operación es la que se exige en especial a los jóvenes, se comprenderá que su sino sea un tanto angustioso. En las notas autobiográficas de los líderes del 68 se encuentran suficientes datos para certificar esa angustia. Cuando la identidad personal resulta inalcanzable, los estudiantes demandan que los planes de estudios y los programas de las asignaturas sean *relevantes*.

Escena de la guerra de Vietnam (arriba).
Manifestación estudiantil en el Barrio Latino de París (abajo)

MOUVEMENT
PRODUCTEURS
SAUVONS-NOUS
NOUS-MEMES

El sociólogo Bennett M. Berger señala la ironía de que los estudiantes de las escuelas técnicas eran los que exigían menos *relevancia,* cuando las materias que ellos estudiaban, por especializadas y técnicas, los alejaban más de la comprensión del entorno social y político. Señala Berger otra paradoja: los estudiantes más inquietos son los que más alargan su estadía universitaria, los que se sienten en la Universidad como en casa, como su medio natural. Tardan un decenio en concluir la carrera universitaria *(ten years plan).* Tienen tiempo para todo.

La reconstrucción de la New Left

La historia entera de la izquierda se desarrolla en lo que podríamos llamar Europa continental, y aun en muy pocos países de ella. Siempre se ha dicho que en Estados Unidos no ha habido verdadero socialismo y que el laborismo inglés es fenómeno asaz particular como para que tenga una fácil exportación.

Esto ha sido así hasta que el siglo XX dobla su primera mitad. El marxismo se dispone a pasar el Canal e incluso, con los primeros *superconstelations,* da el salto del Atlántico. En Inglaterra se difunde la poderosísima *The New Left Review* y en Estados Unidos se teje el efímero, pero enormemente influyente, movimiento de la New Left.

Menester será que tracemos los hitos más memorables de ese último movimiento por el papel decisivo que representaron en la crisis del 68. Esta crisis fue, de modo central, el desmembramiento de la New Left americana y de sus epígonos en todo el mundo.

La nueva izquierda se define así en Estados Unidos más por oposición a la vieja izquierda liberal y en parte trotskista que por mimetismo de sus parientes ingleses. No se trataba tanto de una rebelión generacional como de un intento, por parte de los jóvenes, de poner a punto, de realizar *de verdad* las aspiraciones de sus padres.

Los primeros líderes estudiantiles de finales de los cincuenta y primeros sesenta fueron en USA lo que se llamó *red diaper babies* o *niños de los pañales rojos.* Procedían de familias neoyorquinas con un fuerte peso judío e inmigrante, receptoras del marxismo europeo y también de Freud. Pronto se amplía la base y se añaden algunos líderes de color, feministas y otros activistas universitarios que se enfrentan a la sangría del Vietnam y la insubordinación de algunas minorías. Todo demasiado heteróclito, demasiado efímero, aunque sólo fuera por la condición estudiantil de muchos de sus miembros.

Frente a lo que ha podido decirse, los líderes de la New Left eran, por lo general, estudiantes aplicados. La New Left no llegó a ser nunca una organización, y mucho menos un partido político. Su éxito fue instantáneo en los campus universitarios en un momento de afluencia económica que permitía una enorme autonomía a los jóvenes.

A costa de su propia disolución, en el corto período que va de 1968 a 1972 la New Left triunfó en determinadas operaciones concretas en las que puso una enorme dosis de pragmatismo: el fin de la tranquila sumisión de la raza negra, la retirada del Vietnam que tuvo que hacer el ejército mejor pertrechado de toda la historia, el replanteamiento de ciertos aspectos de las relaciones interpersonales (igualdad de la mujer, despenalización del aborto o de las relaciones homosexuales), que desde entonces han seguido su marcha inexorable en todo el mundo. En síntesis, la New Left triunfó precisamente por pasar a ser lo que más le repugnaba: reformista. De ahí que las condiciones para una revolución terminen en 1968 con el estallido de unas esporádicas rebeliones estudiantiles.

La New Left, frente a la vieja izquierda, se resuelve en una cuestión de estilo, de talante estético. Es la distancia que va del *jazz* al *rock.* La vieja izquierda americana se había cultivado en la atmósfera aislacionista y depresiva de los años treinta. Sus hijos se mueven en el clima internacionalista y económicamente afluente de la era kennediana y la de sus sucesores. La vieja izquierda se cierra en Nueva York y la nueva izquierda se abre en numerosos campus universitarios, de modo singular en la zona de Chicago y en la de San Francisco. La vieja izquierda era más que nada antifascista, y en algunos casos, admiradora de la revolución bolchevique; de ahí su compromiso con la guerra civil española. La nueva izquierda mira con suspicacia el experimento soviético y lo que le preocupa es el *friendly fascism* (un sugestivo título de Bertram Gross) que adoptan los sistemas sedicentemente democráticos. La vieja izquierda estaba encantada con la planificación estatal. La nueva izquierda es antiburocráti-


La Marcha de la Paz contra la guerra del Vietnam concentró a miles de personas frente al Capitolio, y contribuyó a acentuar la oposición al conflicto indochino

ca, antiautoritaria y pacifista. Su compromiso es *contra* la guerra del Vietnam y en todo caso a favor de las luchas guerrilleras de liberación de ciertas minorías raciales o de algunos países coloniales. A la vieja izquierda le fascinaba el Marx de *El capital* y a la nueva izquierda le encanta el joven Marx, que permite hablar de alienación y de liberación personal. La vieja izquierda se sentía agradecida de la recepción que Estados Unidos había dispensado a los emigrantes políticos de Europa. La nueva izquierda abjura del nacionalismo americano (y, por tanto, del anticomunismo en que desembocan tantos viejos izquierdistas) y proyecta la mala conciencia que supone vivir bien como consecuencia de la centralidad del imperio americano. Para los viejos izquierdistas los problemas son parte de la solución. Para los nuevos izquierdistas la solución es parte del problema. Lo que para los primeros es pragmatismo, para los segundos es oportunismo. La vieja izquierda todavía iba en busca del histórico proletariado. La nueva izquierda se constituye en *proletariado sustitutivo*. No se sabe quién se equivocó más. Los viejos izquierdistas escribían libros. Los nuevos líderes estudiantiles de los años sesenta redactan manifiestos, hacen declaraciones por televisión y emborronan las paredes con pintadas.

Hay decenios especialmente largos y el de los años sesenta es uno de ellos. Comienza en 1956 y concluye en 1973 con la crisis económica. El hito de 1968 es un aviso de la temible crisis, el apogeo y el anuncio del fin de la guerra vietnamita, las últimas manifestaciones, masivas y extendidas a todo el mundo, de la protesta estudiantil.

En 1956 se produce la condena de Stalin por Kruschev, acontece la revuelta de Hungría, Fidel Castro desembarca en Cuba, estallan los primeros conflictos de la protesta de los negros americanos.

Los últimos años del decenio de los cincuenta ven en California el florecimiento de los *beatniks* (una palabra que juega rítmicamente con *sputnik, compañero de viaje* en ruso y apelativo del primer satélite artificial, lanzado en 1957).

La New Left propiamente dicha se crea en 1960 para promover la causa de los negros. En 1962 nace el influyente SDS (Stu-

dents for a Democratic Society), que se da a conocer con el manifiesto de Port Huson, cuyo autor más importante es Tom Hayden. Es todavía un grupo liberal del que se van a desgajar diversas ramas, desde el radicalismo maoísta hasta los reformistas.

En 1964 surge la protesta estudiantil en Berkeley, que provee de eslóganes y mitología a los numeros movimientos estudiantiles en otros campus de Estados Unidos y de muchos otros países. En los años siguientes arrecian en Estados Unidos las manifestaciones en pro de los negros y en contra de la intervención en el Vietnam. Surgen algunas revistas que habían de ser muy influyentes, como *The New York Review of Books* (1963), *Ramparts* (1964) o *Studies on the Left* (1965).

La producción ideológica de esos años mantiene un ritmo febril. Algunos autores mantienen un doble papel: son académicos y hasta conservadores en su campo profesional y mantienen fuera de él una actitud militante, belicosa y enormemente influyente. Este es el caso, por ejemplo, de Benjamin Spock, C. Wright Mills o Noam Chomsky, figuras popularísimas. Destaca igualmente el atractivo de lo que podríamos llamar *izquierda freudiana* y que hubiera sorprendido al propio Freud. Es el caso de H. Marcuse, Paul Goodman o W. Reich, mitificados por el movimiento estudiantil de Estados Unidos y de otros países.

Lo que queda de la contracultura

La contracultura en el recuerdo es poco más que un suceso de movilidad geográfica de la cultura de índole casi geológica. En efecto, durante milenios el centro de gravedad de la creación cultural que más ha sobrevivido se situó en lo que hoy llamamos Oriente Medio. Las raíces de lo que llamamos Europa se sitúan un poco más al Occidente, pero todavía en la latitud mediterránea, entre Asia Menor y Roma. La modernidad traslada sus reales un poco más al Occidente y hacia el septentrión, desde Londres a Milán y desde París a Berlín. Ahí subsiste desde el barroco hasta sobrepasada la segunda mitad del siglo XX.

En este diminuto polígono se publicó la mayor parte de los libros que se han escrito y se formó la inmensa mayoría de los pensadores y científicos de renombre. Habíamos llegado a creer que ese centro de gravedad de la cultura estaba tan fijo como los polos magnéticos de la Tierra. La gran revolución de la segunda mitad de este siglo es la que imprime un nuevo movimiento a ese centro.

El lugar geográfico de producción cultural se amplía hasta el otro lado del Atlántico, con dos centros, el del este (Nueva York-Boston) y el del oeste (California). Es sobre todo en este último donde se generan en los años sesenta una serie de ideas que van a influir poderosamente en el dominio del pensamiento y de la estética, en el de la ciencia y en los movimientos políticos.

Ahora se entiende que lo que llamamos Occidente es una denominación más ajustada a la realidad de lo que parece. Occidente es esa lenta pero inexorable traslación del centro de gravedad de la cultura más influyente en dirección oeste, simbólicamente desde Mesopotamia a California, siempre tierras feraces y bien regadas.

El reciente movimiento ha sido tan brusco que no ha habido tiempo para crear nuevas etiquetas. De ahí esa malísima expresión de *contracultura* para distinguir lo que de novedoso se gestó en San Francisco y se difundió desde Nueva York. En realidad viene a querer decir que en el diseño o la música, en el periodismo o la narrativa, en la ética como en la estética, cuenta también y sobre todo lo que se produce en Estados Unidos. Una vez más, la cultura acompaña al imperio económico y militar.

A primera vista parecería que las manifestaciones contraculturales de los años sesenta fueron efímeras, modas pasajeras que el viento de la historia se llevó. No es así. Cierto es que sus manifestaciones externas pasaron pronto. Ya no hay *hippies* ni nueva izquierda ni poder estudiantil. Y, si embargo, lo más característico de nuestros días —desde los movimientos de liberación de todas las minorías hasta el pacifismo y el ecologismo— tuvo su semilla en las tierras de California y en las antenas de Nueva York en los años setenta.

No fue su único centro, desde luego, y se siguió nutriendo en gran medida del fiemo europeo, pero su originalidad fue su enorme capacidad de difusión. La música *rock* no es más que una evolución de la música *country;* como tal, no es más artificial que otras. Lo que le distingue es que ha logrado más difusión y más instantánea que ningún otro género musical. Su imagen se asocia a la del pantalón vaquero, los *jeans,* la prenda de mayor éxito de la historia de la moda.

Manifestación popular contra la represión gubernamental en México, 1968

Vista aérea de la Plaza de Tlatelolco

Son datos episódicos, pero expresivos, de una manera juvenil de pensar que ha sido imitada después en todas partes. Si no es por esa simiente contracultural que se sembró en las fértiles tierras californianas en los años sesenta, nuestro mundo sería menos *nuevo mundo* de lo que realmente es. *Nuevo Mundo* aun en sus extremos desagradables como puede ser la epidemia de las drogas alucinógenas o la manipulación de las conciencias (de ahí el irónico título del famoso *Brave New Word*, algo así como *¡valiente nuevo mundo!*). La contracultura significó también el comienzo de la experimentación en esos campos de índole más problemática.

La contracultura insistió en una tanda de valores, acaso todos ellos descubiertos y ensayados ya, pero novedosísimos en su formulación conjunta y en el apoyo que le prestaban la cultura juvenil y los medios de comunicación masiva. Eran: el *hedonismo* y el culto al cuerpo; el *liberacionismo*, que es el contrapunto de la persecución de la libertad abstracta y que se centra en objetivos monotemáticos, según los grupos que los adoptan: separación entre sexo y procreación, pacifismo, ecologismo; *autonomía juvenil* y, en general, para todos los grupos que se sienten en minoría o preteridos; *desconfianza de las grandes organizaciones*, sean iglesias, partidos políticos y, naturalmente, empresas.

Decía que la etiqueta de *contracultura* es asaz desgraciada porque produce la impresión de que viene a sustituir a la cultura o a negarla. Nada de eso. Las expresiones contraculturales son una manifestación más del eterno proceso de creación y sustitución de formas de cultura. Es más: pasados unos lustros, lo que un día fue innovación y revulsivo se torna sosegado y hasta *establecido*.

Creación cultural quiere decir que la idea que le corresponde es influyente, no se sabe si verdadera o no, ni siquiera se puede determinar que sea útil, necesaria, aprovechable. Tomemos como ilustración una típica idea contracultural, la de que la unidad *clase social* estaba agotada y, en consecuencia, venía a ser sustituida por clases sociales vicarias o simbólicas, como los grupos étnicos o los estudiantes universitarios. Con la misma lógica se podrían añadir los curas o los militares en los países de reciente pasado colonial.

Pues bien, esas clases *sustitutivas* no parecen ser el motor de la historia que en algún caso han pretendido. El caso de mayor fracaso ha sido el de la pretensión de los estudiantes universitarios de constituirse en sujeto político, en una especie de *proletariado sustitutivo*. Su condición efímera le restó capacidad organizativa. Después de la crisis de 1968 se vio que era posible que cristalizaran en ellos intereses comunes y un adecuado liderazgo. Y sin embargo, a pesar de ese fracaso, desde esa fecha simbólica de 1968 es muy difícil que los movimientos políticos de todo tipo dejen de contar con los jóvenes universitarios, muy en especial en lo que se llamó *Tercer Mundo*.

La victoria de las ideas contraculturales puede parecer pírrica desde la altura del tiempo actual. Un eslogan tan característico de los radicales americanos de los años sesenta como *calidad de vida* es hoy carne de documento electoral de la derecha. El ejemplo no es tan extraordinario. Casi todas las propuestas electorales de la derecha fueron un día gritos de protesta de la izquierda. La misma insistencia en la *liberación personal* del radicalismo de los años sesenta ha ido cuajando después en diversas formas del pensamiento conservador.

La contracultura se apoya en un formidable trípode ideológico, verdaderamente inconmovible: Jesucristo, Marx y Freud, los tres judíos, por cierto. No es casualidad esa común ascendencia étnica. El judaísmo ha impreso a la cultura occidental su peculiar concepción salvífica, mesiánica, redentora. El último añadido de Freud —tan adaptado a las condiciones de la vida norteamericana— le proporciona la veta de la alienación, la identidad personal y del conflicto familiar. La mezcla (bien visible, por ejemplo, en los escritos de un Marcuse) tenía que resultar del todo atractiva para los jóvenes.

Lo que de verdad ha quedado de los primeros brotes contraculturales es un estilo, un atuendo estético e intelectual, acaso lo más periférico y llamativo. No es poco. No pudo quedar más de un movimiento que tuvo un desmesurado carácter *anti*, a la contra de todo lo establecido. Ese fue su sello indeleble, su energía primera y su debilidad congénita. Si la base social era efímera (ciertas minorías intelectuales) y su actitud negativista, es lógico concluir que el movimiento contracultural haya pasado a la historia de manera harto prematura. Su canto de cisne fueron los *sucesos del mayo francés* de 1968, que gozaron de una inmensa resonancia en todas las latitudes.



Escena de violencia durante una manifestación de jóvenes en la ciudad de México

Otro de los factores que contribuyeron a su paso demasiado fugaz fue que el movimiento contracultural estrenó un medio de difusión que *quema* todo lo que toca: la televisión. Este medio explica lo peculiar de algunas formas estéticas de los años sesenta, como el *op art* y todas las variedades de la *pop culture*, que en realidad consiste en una recreación de los mitos de la era icónica.

La recepción de la contracultura original fue parva y tardía en España. Estaban las clases intelectuales españolas demasiado ocupadas en su pequeño *vietnam* ideológico de la oposición al franquismo. Como tantas otras veces, en España se reproduce la secuencia de los *frutos tardíos*. Se reciben los ecos más que los gritos, la cáscara más que la almendra. Las ideas de la contracultura originaria llegaron a nuestras costas como un episódico barniz, traducidas de los escoliastas franceses, para proveer a la educación de una minoría que en realidad se preparaba para acceder al poder. En esto hemos sido un mísero país *tercermundista*.

Lo que denominamos como contracultura de los años sesenta no es más que la introducción de las drogas psicodélicas en las ideas de los llamados *bohemios* de los años veinte, emparentados con las actitudes anarcosindicalistas prevalentes en ciertos círculos en torno al cambio de siglo. Dada esta singular constancia generacional, hay que preguntarse si no volverá a reproducirse la especie en los años que quedan para terminar el milenio. Las generaciones juveniles que se corresponden con los ciclos de bonanza económica adoptan actitudes gregarias, irracionalistas, hedonistas, de autenticidad, enormemente ricas en innovación estética, auspiciadoras de la libertad y debeladores de la presión de las grandes organizaciones. Contrastan en cada caso con la moral del trabajo que ha hecho posible la correspondiente época de afluencia económica.

Los gritos y los ecos de Tlatelolco

Lo decisivo del movimiento estudiantil de los años sesenta es que sea un suceso de dimensiones mundiales. Desde luego, se extiende más allá de las usuales coordenadas geográficas que corresponden a los países centrales. Un caso paradigmático puede

ser el del movimiento estudiantil mexicano, quizá porque termina (de momento) con el brutal descalabro de la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. Vale la pena que salvemos para el recuerdo algunos episodios de ese movimiento y de su final infeliz por lo que pueda servir para el entendimiento más cabal de la crisis de 1968.

Lo que asombra de la protesta universitaria mexicana es que estallara de golpe en un momento de aparente tranquilidad, con los líderes sindicales e intelectuales reprimidos o controlados por un Gobierno que presumía de legítimo, estable y eficaz.

En 1962, Rubén Jaramillo, el líder campesino, era asesinado con toda su familia. Se trataba de un Gobierno *oficialmente revolucionario* como pocos lo han sido tanto tiempo. A diferencia de la revolución de 1910, ahora no eran los campesinos los que se alzaban, sino los estudiantes, *una marcha de leídos y de escribidos,* como señala con expresividad la crónica inigualable de Elena Poniatowska. En países como México, el sistema de partido único en la práctica deja sin contenido el debate en los foros públicos. La prensa y las universidades se convierten en el verdadero Parlamento. Se cumple la ley de las revoluciones: éstas llegan en un momento de crisis después de un largo ciclo de prosperidad. Esto es lo que significa la fecha de 1968 para México y para otros países (España, por ejemplo).

La ciudad de México es la sede de la XIX Olimpiada, que va a celebrarse en octubre de 1968. Esto significa miles de periodistas y de cámaras de televisión. Si no llega a ser por esta circunstancia azarosa, la rebelión estudiantil no hubiera tenido la difusión internacional de que realmente *gozó*. No es casualidad que Oriana Fallaci se encontrara en la Plaza de las Tres Culturas el día de la matanza.

El centro de la protesta fue la gigantesca Universidad Autónoma de México (UNAM), realmente autónoma en su gestión como pocas instituciones lo son en México. A pesar de los grandes números (todo es gigantesco en México DF), el estudiantado de la UNAM provenía de los escalones de la burguesía gubernamental.

Era una rebelión generacional más que en ninguna otra parte. Sus padres habían levantado el partido revolucionario que dejó intactas muchas de las causas de la revolución. La rebelión termina brutalmente en octubre, pero llevaba actuando de forma intermitente desde comienzos del húmedo *verano* tropical, resistiendo duras represiones de la policía y aun del ejército.

En el mes de septiembre, después de la movilización del Día de la Independencia, el ejército toma la Ciudad Universitaria de México, lo que significaba el fin de su precaria autonomía, que para los estudiantes equivalía al privilegio de la extraterritorialidad. Más de setecientos estudiantes y profesores son detenidos en ese momento, además de varios miles de líderes sindicales o de los minúsculos partidos de izquierda.

La represión la lleva personalmente, como es su deber, el ministro de la Gobernación, Luis Echeverría, el que era ya *tapado* o sucesor del presidente, a la sazón Díaz Ordaz. La matanza de la Plaza de las Tres Culturas, junto a la iglesia de Tlatelolco, ocasionó un número indeterminado de muertos a quemarropa, entre los 35 que se dijo oficialmente y los 350 que dieron los corresponsales extranjeros. Nunca se sabrá. Los soldados disparaban con ametralladora sobre la nutrida multitud estudiantil. Media hora duró la gran *balacera*. El suceso fue una verdadera conmoción nacional y aun mundial.

El movimiento estudiantil mexicano ponía en cuestión los mitos oficiales: la democracia estable, la revolución popular, la gran familia revolucionaria, la prensa libre, el Estado de derecho. Los detenidos en los sucesos de Tlatelolco, supervivientes de la hecatombe, fueron acusados de... homicidio de los dos soldados que resultaron muertos en la refriega y que fueron los únicos fallecidos mencionados por sus nombres.

Miles de personas fueron detenidas en toda la república. Menudearon los torturados y algunos detenidos fueron asesinados o simplemente terminaron como suicidados o desaparecidos. Lo curioso es que tamaño suceso fue seguido de un sistemático silencio por parte de los poderes públicos. Hubo muy pocas dimisiones, como la de Octavio Paz, embajador en la India. La Olimpiada se celebró a los pocos días de la matanza *como si* nada hubiera pasado. Un portavoz oficial declaró: *No se alarmen: piensen que treinta muertitos en México son como un muertito en Francia*.

Paradójicamente, este silencio oficial contribuyó a realzar aún más los acontecimientos. Muchos intelectuales de renombre, como Carlos Monsiváis, Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes o Heberto Castillo, se radica-

lizaron en su oposición al partido gubernamental. En 1970, Luis Echeverría se *destaparía* como el nuevo presidente, pero con el 36 por 100 de abstenciones y el 26 por 100 de votos nulos. Continuaba el *sistema personal de gobernar* que de modo magistral había descrito Daniel Cosío Villegas. De acuerdo con la original fórmula, no pocos de los líderes del 68 pasaron a engrosar los altos cargos de la Administración de Echeverría y de sus sucesores.

Para Carlos Fuentes, la significación emblemática de la revuelta estudiantil del 68 está en que es el punto final de un largo período en el que se sacrifica el progreso social y la libertad política a las urgencias del desarrollo económico. El hecho de que fuera un desenlace frustrado y doliente no le resta importancia. La crisis del 68 significa esa misma toma de conciencia en muchos otros países. El mismo Carlos Fuentes compara irónicamente a México como *la Polonia de América Latina.* El gran novelista reconoce que *los acontecimientos de 1968 descubrieron lo peor y lo mejor de México.* Lo peor, la divinización de la política y su alto grado de crueldad y corrupción. Lo mejor, la capacidad para promover reformas y generar críticas. Pocos países como México pueden exhibir una intelectualidad tan crítica y tan productiva. Ese factor es el que ha hecho al final que los sucesos de Tlatelolco se difundieran y alcanzaran importancia mundial.



Luis Echeverría, ministro del Interior mexicano durante la matanza de Tlatelolco

La crisis de Tlatelolco debe páginas memorables a otros muchos intelectuales. Hemos citado a Elena Poniatowska, Carlos Fuentes y Octavio Paz. Este último compara la fuerza de la extensión universal de la protesta estudiantil de 1968 con la que impulsaba a las epidemias medievales por encima de las fronteras. Al igual que en esa comparación, los gobiernos de todas partes achacan la raíz del *mal* a una conspiración exterior, fuera de Mao o de la CIA, o de ambos a un tiempo.

Para Octavio Paz, la crisis del 68 demostró que los obreros no eran una clase verdaderamente internacional como parecían serlo los estudiantes. Los estudiantes *viven en una situación artificial, mitad como reclusos privilegiados y mitad como irresponsables peligrosos.* Sólo que es una situación en que tienen tiempo para pensar, y así descubren que *la definición del hombre como un ser que trabaja debe cambiarse por la del hombre como un ser que desea.*

Tiene razón Octavio Paz. Ese descubrimiento del hedonismo en la era tecnológica está en la base de los movimientos contraculturales de los años setenta, lo que une a Berkeley con México, París, Praga, Tokyo y tantas otras ciudades universitarias. Las diferencias son también evidentes. Paz subraya el componente nacionalista y antiburocrático que distingue a la protesta juvenil de los países del Este europeo y que también se acusa en México. Los estudiantes mexicanos, al protestar, *eran los voceros del pueblo. Subrayo: no los voceros de esta o aquella clase, sino de la conciencia general.*

A mi modo de ver, esa imposible identificación es lo que conduce al fracaso del movimiento estudiantil. No podían sustituir todo el complicado mecanismo de representación política y de intereses, sobre todo con el carácter de grupo efímero y con los métodos de las asambleas espontáneas que caracteriza a la movilización estudiantil.

Lo que está todavía por explicar, en el caso mexicano, es la extraordinaria brutalidad (*ferocidad, no hay otra palabra,* dice Octavio Paz) del Gobierno, por completo desproporcionada a las reivindicaciones moderadísimas de los estudiantes.

El mayo francés

Por José María Rodríguez
Periodista

Mayo de 1968 pareció comenzar, en lo que a Francia se refiere, exactamente un año antes, el 22 de marzo de 1967, día en que algunos estudiantes de Nanterre, centro universitario periférico, pero parisiense a fin de cuentas, se instalaron en los pabellones reservados a los estudiantes en protesta contra los reglamentos interiores que les prohibían ese acceso. Una discreta aparición-intervención policial, una negociación apaciguadora (promesa de modificación próxima de las disposiciones que separaban por sexos a los estudiantes residentes), y todo pareció volver a su cauce normal.

Un segundo incidente significativo entre los *signos* que precedieron a la explosión de mayo tuvo también como escenario el centro universitario de Nanterre, pero esta vez en su piscina, el día de su inauguración (8 de enero de 1968). El entonces ministro de la Juventud y del Deporte, François Missoffe, autor de un *Libro Blanco* tal vez excesivamente cándido (no estaba al día) sobre el estado de la juventud estudiante, fue objeto en Nanterre de un abucheo mayúsculo y mantuvo un tenso diálogo con un estudiante alemán, nacido en Francia, cuyo nombre sería después, y sigue siendo hoy, célebre e inseparable de los hechos de mayo: Daniel Cohn-Bendit.

Este estudiante de tercer año de Sociología, anarquista moderno, con un cierto talento de agitador, mucho don de gentes y pensador bastante original, reprochó al ministro que su libro, entre otras *carencias*, no tratara el problema sexual de los jóvenes. Missoffe respondió más o menos secamente a Cohn-Bendit que prefería la educación física a la sexual e incluso le aconsejó zambullirse en el agua fría de la piscina si estaba atormentado por alguna desazón de ese orden.

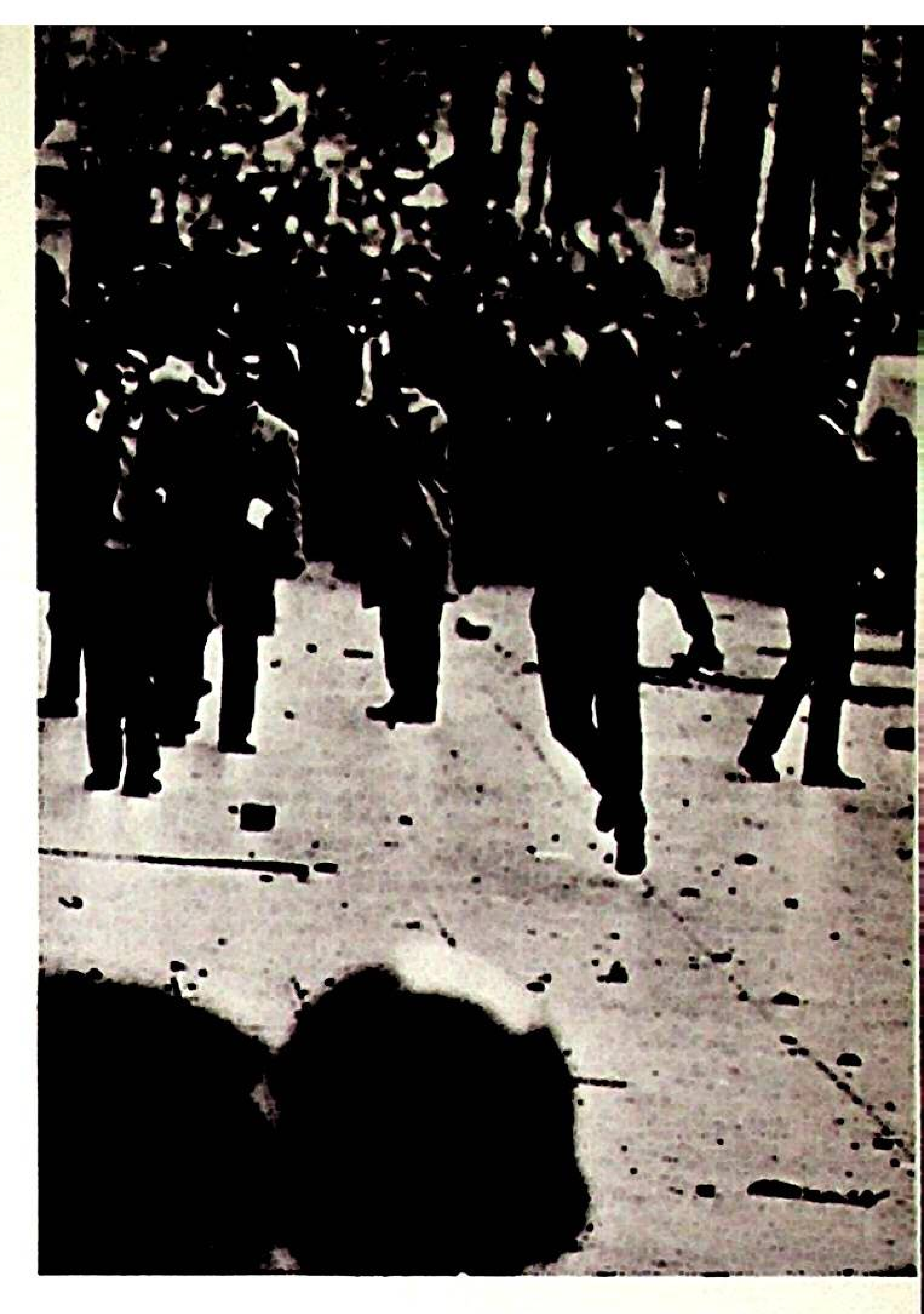
Este incidente, más anécdota que otra cosa, fue profusamente comentado por la prensa, principalmente porque muchos periodistas comprendieron, aunque muy oscuramente, que tras las argumentaciones más o menos insolentes de *Dany el Rojo* (así se le llamaba comúnmente a causa de sus ideas y porque era, y es, pelirrojo) y las frías respuestas del ministro trataba de abrirse paso, con sorprendente pujanza, algo que sobrepasaba los problemas relativamente simples de autoridad o de generaciones. Es decir, lo que podría llamarse un *conflicto de sociedad*.

Una carta de excusas de *Dany* pareció poner fin, o prestar intrascendencia, al incidente de la piscina. Pero ¿por qué fueron tan abundantes, continuas y espontáneas las discusiones sobre si Cohn-Bendit había escrito o no escrito la carta, si fue forzado a escribirla o la escribió voluntariamente, si estuvo acertado o no lo estuvo al hacerlo...? ¿Por qué todo ese tumulto y ese empecinamiento general en la discusión?

El movimiento «22 de marzo»

Lo que sucedió en realidad fue que *Dany el Rojo* era la cresta visible de un iceberg que venía *enfriando* desde hacía cierto tiempo las estructuras de la Universidad gaullista (a fin de cuentas la misma de siempre, la *napoleónica)* y que estaba incluso *congelándola*. Su movimiento, que se autotitularía más tarde *22 de marzo*, era el más representativo (se supo luego) de todo lo que estaba invisiblemente gestándose y de todo lo que sucedería después.

Los del *22 de marzo* no eran quizá los más uniformes ideológicamente hablando, pero les aglutinaba la fascinación que producía el planteamiento brillante y anarquizante con que el *Pelirrojo* exponía o aclaraba los problemas. O cómo los agitaba. Cohn-Bendit, que visiblemente *no dependía,* mostraba una libertad de pensamiento, de crítica audaz, iconoclasta y joven (aunque nunca exenta de meticulosa y *universitaria* reflexión), poco frecuente o imposible de encontrar en otros movimientos estu-



Manifestante lanzando un cóctel Molotov contra la policía durante los disturbios de mayo

diantiles, o estudiantiles-sindicales, ligados a partidos.

Puede ya adelantarse que, pese a su carisma personal, Cohn-Bendit —bakuninista, antileninista— no podrá protagonizar en ningún momento un cambio revolucionario y ni siquiera *situar* sus premisas, abrumado y extraviado en la trama compleja que constituye una sociedad industrial moderna (que excede en mucho la dimensión estudiantil), plena de resistentes estructuras en gran parte nuevas, modernizadas o renovadas.

Pero, cabe preguntar, ¿se quiso realmente hacer una revolución? Es difícil creerlo pese al radicalismo general y exacerbado de los discursos. Todas las prolongaciones políticas *prometedoras* fueron, en uno u otro momento, cortadas de raíz. El propio movimiento *22 de marzo*, por ejemplo, puso violento fin a una tentativa de recuperación de la agitación que hizo el profesor comunista Pierre Juquin, obligado a huir por una ventana de la díscola Facultad de Nanterre, en manos de los amigos de Cohn-Bendit.

Ante este hecho —uno más de los que hicieron abortar las posibles extensiones del movimiento estudiantil— algunos se han preguntado: ¿salió alguna vez el *22 de marzo* del ámbito limitado de los problemas estudiantiles, si bien tratados en forma moderna y agitados con un léxico político? No es seguro que lo hiciera y ni siquiera que lo intentase, pero si lo intentó lo hizo tarde y el gran movimiento social provino de otros centros de fuerza y de otras concepciones.

Mayo de 1968 estalló en realidad el 22 de abril, cuando el grupo de *Dany* decidió ocupar Nanterre para protestar contra la detención (el día 20) de varios estudiantes universitarios y de secundaria acusados de atentados con explosivos, más ruidosos que otra cosa, contra empresas o bienes norteamericanos de la capital francesa.

El día 28, el decano de Nanterre ordenó el cierre de la facultad, a lo que los estudiantes respondieron proclamando el boicot de los exámenes (parciales) de abril, decisión que provocó una reacción, venida esta vez de la derecha, a través de la organización que agrupaba a los estudiantes moderados y de derechas, la Federación Nacional de los Estudiantes de Francia. Ese sindicato calificó en uno de sus textos a la agitación de Nanterre de *terrorista*, previó que el movimiento impugnador se iba a desarrollar y afirmó que el deber (el de los estudiantes moderados o progubernamentales) era *pararlo en seco*.

La tensión, ya excesiva en Nanterre, subió de grado en París a causa de la emoción que produjo algo que sucedió ese día en Berlín: el atentado en que fue herido gravísimamente el líder estudiantil Rudi Dutschke. Violentísimas manifestaciones se desencadenaron entonces en Alemania Occidental, principalmente contra las sedes de los periódicos (los de la cadena Springer, por ejemplo) que habían combatido la agitación estudiantil con constancia.

El caso Dutschke repercutió en París, suscitando una manifestación importante en cuyo curso extrema derecha (movimiento Occidente, por ejemplo) y extrema izquierda se combatieron duramente, asaltándose y destruyéndose recíprocamente sus locales asociativos o satélites. Sin embargo, y pese

a su violencia, estos choques no tuvieron prolongaciones aparentes y parecieron formar parte todavía de la fuerte hostilidad que la guerra del Vietnam mantenía entre partidarios de uno y otro campo.

El 27 de abril, *Dany*, interrogado por la policía en el marco de la querella interpuesta contra él por un estudiante gaullista herido en Nanterre, vio su domicilio sometido a un escrupuloso registro. Pero hubo un hecho significativo más: se reprochó también a Cohn-Bendit la redacción de una octavilla con la *receta* de esa botella incendiaria que, pese a haber sido empleada por primera vez en España (exactamente en Seseña, en 1936, contra tanques), recibe en todo el mundo el nombre de *cóctel Molotov*. A la acusación hecha a *Dany*, los estudiantes respondieron dando en otra octavilla la receta completa del peligroso *cóctel*. La escalada había comenzado.

El día 2 de mayo, la extrema derecha estudiantil (Occidente) decidió asaltar Nanterre. El proyecto produjo una importante movilización entre los estudiantes impugnadores y fuerte inquietud en la policía, que rodeó la facultad. Aquí intervino el segundo cierre oficial de Nanterre, decisión que vino por cierto a complicarlo y agravarlo todo, porque, además, ese mismo día fueron convocados a comparecer ante un consejo disciplinario ocho estudiantes del *22 de marzo*.

En ese momento de tensión los comunistas, que no aprobaban el movimiento estudiantil principalmente porque escapaba a su control, pero también por su extremismo (no correspondía a las ideas ni a la estrategia del partido comunista), se reúnen en Nanterre en un *Comité de Defensa*, es decir, dispuesto a hacer frente a los que ellos llaman *los provocadores*, y consiguen atraerse a un cierto número de moderados. Simultáneamente, el órgano oficial comunista *L'Humanité* denuncia, en un importante artículo, a los *falsos revolucionarios*, que es necesario *desenmascarar*.

La agitación en París

Todo esto se reveló superfluo porque la agitación se había trasladado a París a causa del segundo cierre de Nanterre, y también porque la situación ya excedía, en la capital, las modestas dimensiones del *22 de marzo*.

En París y en Francia, entre los estudiantes predomina hegemónicamente, sin casi rivales, la Unión de los Estudiantes de Francia, UNEF, que por entonces atraviesa una de sus épocas de crisis (una más) y a cuya cabeza se halla un presidente (vicepresidente) interino. Este, que muy pronto será célebre (Jacques Sauvageot), ocupa sus altas funciones desde 1967, desde que una ponencia moderada del entonces presidente fue mayoritariamente rechazada y provocó su dimisión.

La agitación transportada a París suscitó inmediatamente choques muy duros con los militantes de Occidente, que *pasan* repetidamente por el Barrio Latino gritando *¡Vietcongs asesinos!*, pero que en realidad tratan de contrarrestar la comuna estudiantil, que ven perfectamente organizarse y *venir*. La policía se interpone, golpea (más o menos indiscriminadamente), y surgen entonces las primeras barricadas, muy genuinas y características, de mayo del 68, que no pueden ser confundidas con parapetos.

Esas barricadas no poseen el carácer militar de las célebres de la Comuna de París del siglo XIX, verdaderas fortificaciones de mampostería, de varios metros de altura, destinadas principalmente a proteger contra los tiros de la artillería adversaria y a enmascarar la propia. Las de mayo eran improvisadas con materiales de obras, árboles, ramajes, automóviles volcados, restos de quioscos, bancos públicos, rejas y toda clase de objetos más o menos heteróclitos, pero nunca fueron fijas ni consolidadas con cemento, por ejemplo.

Como todas las barricadas, constituían un serio obstáculo contra los asaltos frontales y una protección importante contra los lanzamientos (bombas lacrimógenas, principalmente), pero eran frágiles (los *bulldozers* policiales las derribaban o *abrían* con facilidad), y al ser fijas se prestaban peligrosamente al flanqueo y a los ataques de revés —lo que había perdido a los *communards*—. Su débil elevación hacía que fuesen escaladas con relativa facilidad por los policías y la última defensa que proporcionaban era su propia destrucción, es decir, su incendio, lo que se produjo muy frecuentemente.

Sin embargo —y esto constituye uno de los hechos que más admiración causan en mayo del 68—, nunca fueron combatidas ni defendidas con armas de fuego, que nadie empleó pese a la violencia paroxística. Quizá sea esto, visiblemente, lo que podría lla-

marse un *hecho de civilización* y el resultado de años de educación democrática que llevan a diferenciar netamente adversario de enemigo. Quizá también, y contrariamente a las afirmaciones de algunos teóricos, los instintos de una muchedumbre descontrolada no son tan primitivos como se ha dicho.

En ese primer choque se produjeron también las primeras detenciones, entre ellas las de Cohn-Bendit y Sauvageot, circunstancia que sirvió principalmente para aglutinar a los estudiantes en un solo bloque, fuera de toda ideología o contradicción. Esta *soldadura* de hecho entre los impugnadores tuvo importantes consecuencias y, saltando las barreras ideológicas, suscitó un importante movimiento de solidaridad que se extendió muy rápidamente a la *clase* de los profesores, en especial a través del sindicato de la enseñanza superior SNEP-Sup, presidido en ese momento por otro dirigente, hasta entonces teórico, de los hechos de mayo: Alain Geismar.

En el curso de este choque del 3 de mayo la policía penetró en el recinto de la Sorbona (allí se realizaron las detenciones) y desalojó a los concentrados con gases lacrimógenos. Se registraron, dentro y fuera de la Universidad, los primeros heridos, estudiantes y policías, algunos de ellos graves.

El 4 de mayo se cerró la Sorbona y los choques crecieron en violencia, como lo testimonian numerosas fotografías, más elocuentes y dramáticas que cualquier descripción. Los policías golpean con sus porras, se protegen con escudos de plástico transparente y cascos de acero y disparan bombas lacrimógenas, protegiéndose como pueden de los adoquines que les lanzan los estudiantes desde sus barricadas o desde delante de ellas (los adoquines son en Francia relativamente más pequeños que, por ejemplo, en España, lo que facilita su lanzamiento y hace sencillo el trabajo de arrancarlos del suelo). A las granadas de las Compañías Republicanas de Seguridad, CRS, que preceden siempre sus cargas, los

Jóvenes estudiantes portando banderas rojas recorren los alrededores de la Sorbona



estudiantes contestan enviando bombas improvisadas de amoniaco (un lacrimógeno), ácido y toda clase de proyectiles.

Los detenidos con *armas* en la mano (que puede ser un simple palo o piedra, comprendidos en la denominación legal de *armas por destino)* son condenados por lo general a penas ligeras e incluso apaciguantes. Sin embargo, el proceso está demasiado avanzado para que esas medidas prudentes paralicen la acción, y los estudiantes toman como pretexto esas condenas para convocar nuevas manifestaciones y declarar una *huelga general ilimitada* hasta la liberación de los detenidos. Se trata de una idea bastante fecunda (como se verá) lanzada por la UNEF, y a ella se unirán los profesores del SNEP-Sup, pero con el matiz de defensa solidaria del sindicalismo en general y de las libertades sindicales.

La situación adquiere así un nuevo cariz. Ahora, cuando el Estado trata de impedir las manifestaciones o realiza detenciones, se le ve y juzga como un enemigo de las acciones sindicalistas, refugio moral único en Francia de cuantas gentes miran de soslayo o con desconfianza la política, y de una buena parte de los trabajadores (aunque la mayoría sean reacios a toda afiliación). Así, en algunos casos la interacción política-sindicatos, o mejor la realización de la política a través de acciones o temas puramente sindicales, es tan acusada que se ha llegado a decir (exageradamente) que *todo partido parece o puede ser la correa de transmisión de un sindicato conocido o desconocido, visible o invisible*.

Se como fuere, la nueva huelga estudiantil por las libertades sindicales equivalió a una llamada, más escuchada de lo que pareció en un principio, a las demás centrales profesionales y no solamente a las obreras, perfectamente movilizables sobre esos temas. Fue entonces cuando comenzó a verse lo que iba a ser mayo, lo que se quería que fuese mayo, y en ese momento comenzamos a alejarnos del mundo ideológico estudiantil y de su problemática un tanto abstracta tal como fue expuesta por Cohn-Bendit y sus amigos.

Marcha al Elíseo

El 7 de mayo fue un día importante y de grandes peligros para todos. Una nutrida manifestación de estudiantes recorrió los barrios centrales de París *(rive droite,* orilla derecha del Sena) y llegó hasta la plaza de la Estrella, desde la que se fue aproximando, sin que hubiera incidentes, hasta las inmediaciones del palacio del Elíseo, residencia oficial del presidente de la República.

El palacio estaba protegido por un dispositivo policial suficiente para desviar o neutralizar una manifestación amenazadora, pero es evidente que hubiera tenido que hacer un uso de sus armas de fuego ante una tentativa de asalto.

¿Qué iba a suceder? Para los analistas, la situación de aquel anochecer constituyó el *test* supremo de mayo de 1968, su momento crucial. Si la manifestación hubiera intentado, hostilmente o no, una ocupación del Elíseo, sería una revolución, lo supieran o no sus protagonistas (existían antecedentes históricos de manifestaciones revolucionarias que habían penetrado por la fuerza en Versalles o en las Tullerías para obligar a ceder a los reyes). Sin embargo, si a nadie *se le ocurría* hacerlo, o los que lo pensaban eran neutralizados o no seguidos, nos hallaríamos ante un conflicto social original, ciertamente de gran envergadura, pero que acabaría necesariamente resolviéndose como los demás grandes conflictos sociales.

Como nada sucedió, buen número de observadores pensaron que era posible afirmar, sin temor a equivocarse, que la posibilidad de un mayo revolucionario no era un factor a barajar a partir de la medianoche del 7 de mayo de 1968.

Pero después del día 7 vino el 8 y ya entonces se habló oficialmente de una reapertura *por etapas* de la Sorbona. Sin embargo, el proceso estaba, una vez más, decididamente *más allá,* como lo demuestra el tono de los discursos pronunciados por *marxistas,* trotskistas (de la Juventud Comunista Revolucionaria, JCR, de Alain Krivine) o maoístas, que buscan febrilmente (y sin duda comienzan a encontrar o han encontrado ya) *temas de combate aceptables para todos*.

Así pues, se trata de una hipertensión político-social, de una agitación, muy distinta de la habitualmente propuesta por los partidos comunistas, que parten de una organización ampliada y popular, pero dirigida desde un centro público. Aquí se ha comenzado por unir primero y primordialmente en la acción (en *lo que se hace*, en *lo que se va a hacer inmediatamente),* de-

jando para después una eventual centralización o uniformización ideológica, por otra parte imposible. Fue en verdad un hecho nuevo (históricamente nuevo), o por lo menos nunca contemplado con tanta evidencia.

El día 10 fracasó una negociación entre el rector de la Sorbona y los estudiantes, que exigen la liberación de sus condiscípulos condenados. El Gobierno está dispuesto a concederla, pero quiere que se haga dentro de las formas legales y ello requiere, pese a la urgencia, un cierto tiempo. Ahora bien, es un hecho que ya nadie tiene paciencia, y la tensión, ya paroxística, vuelve a subir.

Estalló entonces la más dura y célebre noche de barricadas que ha conocido París en muchos años. La lucha se extendió a todo el Barrio Latino e incluso desbordó ese perímetro. En un momento de los enfrentamientos el territorio estudiantil incluyó el edificio del Senado, que fue respetado pese a que algunos hayan atribuido a ciertos estudiantes la intención de asaltarlo.

Después de terribles violencias y verdaderos combates (siempre sin armas de fuego) donde desempeñaron un considerable papel los receptores portátiles *(transistores* y *walki-talkies),* que proporcionaban informaciones de utilización inmediata, la policía ganó terreno y acosó ávidamente a los estudiantes, persiguiéndolos en las escaleras de las viviendas (el solo refugio tras la pérdida de la barricada) y hasta en el interior de apartamentos.

Se produjeron violencias inauditas, heridas gravísimas, pero la muerte, milagrosamente quizá, no quiso esa noche cobrar ninguna víctima. Acaso se debió a esa *suerte* que, según algunos, protege secularmente en la historia a Francia y a los franceses, a la disciplina férrea de las fuerzas encargadas de la represión, a la ausencia de intención homicida de la práctica totalidad de los protagonistas, a una cierta sana inocencia de los estudiantes... Sea como fuere, se trató de un hecho de *civilización* que admiró, y admira aún, a muchos observadores.

Universidad Popular

El 11 de mayo, el primer ministro, George Pompidou, que regresaba de un viaje a Asia Central, tomó en sus manos los asuntos del Estado. Era Pompidou un antiguo profesor de Letras hábil, inteligente y muy activo, para el que los límites de la política eran siempre *lo posible* (era también un financiero práctico) y al que nada en su carácter inclinaba al fanatismo —fue un gran aficionado al arte—. Pompidou cedió un poco, arrojó fuera todo el lastre *posible*, y el 13 se reabrió la Sorbona.

Los estudiantes la ocuparon inmediatamente y esta vez de manera absolutamente organizada, es decir, instalándose en ella como en un terreno propio dotado de diferentes servicios (enfermería, comedores, *kindergarten)* que dirige y coordina un todopoderoso Comité de Ocupación.



Estudiantes heridos por la acción policial en las calles de París

Naturalmente, cuando hay más que un embrión de organización, los comunistas, más articulados y disciplinados que los demás, saben pasar poco a poco a un primer plano, estén de acuerdo o no con los objetivos finales del movimiento. Sin embargo, el verdadero y original impulso, la fiebre, la fuerza que convierte en algo nuevo el mayo

de 1968 francés, proviene principalmente de los trotskistas (que conocen el marxismo-leninismo y la historia del marxismo-leninismo a fondo), de los anarquistas (a los que parece mover y emocionar un redentorismo más apegado al hombre que los surgidos de otras teorías), de los maoístas (que *traducen* su lejana y casi incomprensible revolución cultural de jóvenes y estudiantes lanzados al asalto de un partido anquilosado burocratizado y casi *histórico*, en el mal sentido de esta palabra), de los intelectuales del *22 de marzo* (que han aprendido visiblemente a unir teoría y acción, evitando por ahora que ninguna predomine decisivamente sobre la otra, lo que evidentemente no podrá durar). Es ya una entera comuna estudiantil a la que grupos de obreros jóvenes comienzan a acercarse...

Se busca entonces para el movimiento el apoyo de una clase (lo que tendería a demostrar que los estudiantes no constituyen una, pese a ciertas teorías de moda en aquel tiempo), porque para muchos es la única manera de que la comuna estudiante se cambie en revolución. La búsqueda de esta decisiva *soldadura* para unos (y el tratar de impedirla para otros) dominará todos los demás momentos de mayo.

Los sindicatos (el socialista moderado FO, el socialcristiano CFDT, el procomunista CGT, el cristiano CFTC) rechazan instintivamente la soldadura obreros-estudiantes, sea porque no la comprenden o porque temen, de un modo u otro, ser privados de sus militantes. La acción de un sindicato contemporáneo es marcadamente reivindicativa y nunca revolucionaria, ni, como afirma *L'Humanité*, órgano oficial comunista, *aventurera*. Sin embargo, la represión es fuerte, crea un reflejo, y *por no cortarse de las masas*, como se dice, las fuerzas sindicales y los comunistas cambian paulatinamente de manera de ver.

No se acepta la dirección estudiantil —cuyos representantes, en la mayoría de los casos, son los más duros críticos del comunismo ortodoxo—, pero el peso de las cosas arrastra y CGT y CFDT llegan a un acuerdo con los estudiantes (orientado principalmente contra la represión) que cristalizará en una manifestación gigantesca a la que se unirá también la Federación de la Educación Nacional (FEN, todos los profesores y maestros).

El 13 de mayo —aniversario del golpe de fuerza de Argel que acabó con la IV República y llevó al poder al general Charles de Gaulle, aunque refrendado por confirmaciones democráticas indiscutibles— se abren las puertas de la Sorbona y tiene lugar la manifestación unitaria, que reúne a medio millón de personas (cifra evidentemente discutible, pero impresionante de todos modos aun después de *corregida)*.

¿Se trata de una unión o soldadura sincera? En las bases quizá sí, contra la represión y contra el Gobierno; pero el problema central del poder es planteado de maneras tan diferentes y contrapuestas por los participantes (cuando lo plantean) que no existe posible solución.

Una de las primeras medidas en este sentido, calificada de revolucionaria por algunos, fue convertir la Sorbona en *Universidad Popular*, es decir, abierta a los obreros. Sin embargo, aun en esta transformación, expresión de generosidad, estaba implícito el reconocimiento por los estudiantes de su propia situación privilegiada, problema para la conciencia universitaria, pero no revolucionario. Por otra parte, la real aspiración a la unidad forjada contra la represión mostraba también, a los observadores más fríos, que la violencia se achacaba más a los CRS que a los estudiantes, lo que equivalía a confesar que ninguna violencia revolucionaria estaba en marcha.

Los detenidos no tardaron en ser liberados; al precipitarse en anular las condenas, el Gobierno dio la impresión de flotar un poco, lo que era sólo una apariencia. El Gobierno pretendía mostrar a la opinión que el movimiento estudiantil le parecía cosa secundaria, contra el que no era necesario adoptar medidas especiales (salvo alguna concesión y apaciguamiento) hasta que el tiempo lo descastase y le hiciera reabsorberse solo.

Esta voluntaria *pasividad*, cuyo punto máximo se alcanzó cuando el general De Gaulle, presidente de la República, partió para un viaje de Estado a Rumania proyectado largo tiempo antes (14 de mayo), creó algún malestar en la policía, obligada por obediencia y disciplina a continuar sus enfrentamientos con los estudiantes sin que nada anunciara, del lado político, las iniciativas capaces de poner fin a un conflicto que había producido ya en sus filas varios centenares de heridos.

La situación fue criticada por entonces por un futuro presidente de la República francesa, François Mitterrand, que pidió la

dimisión del Gobierno, reprochándole su desorientación (condenas precipitadas, amnistías de la misma urgencia). Ante la Asamblea Nacional, Mitterrand se dirigió directamente a Pompidou diciéndole: *¿Qué ha hecho usted con el Estado?*, interrogante que constituyó, sin duda, uno de los momentos más dramáticos —y, a decir de algunos, el analíticamente más serio— de aquel extraordinario mes de mayo.

Un elemento nuevo, en la línea que hubiera podido conducir a la esperada soldadura, surgió con la huelga de la fábrica Sud-Aviation de Nantes, ciudad a la que se había extendido, como a otras muchas, la impugnación estudiantil, pero también sin *morder* en el mundo del trabajo. Los obreros de Sud-Aviation (centro de Château-Bougon, a 7 km de Nantes), en la dinámica de una reivindicación *normal* —mantenimiento del salario pese a una reducción horaria—, ocuparon la fábrica e inmovilizaron en ella al director y a sus más próximos colaboradores.

El movimiento, pudo comprobarse, no fue *teledirigido* desde las centrales sindicales de París, sino que se debió, en gran parte, a la iniciativa de trabajadores que se contaban entre los de menor militancia sindical o política, y principalmente los jóvenes. No obstante, la Intersindical de la fábrica (agrupación que reúne a representantes de todos los sindicatos presentes) acabó tomando en sus manos la dirección del movimiento casi inmediatamente.

La huelga de Nantes, muy local en su desencadenamiento, realizó la sorprendente proeza de extenderse, a través de la siderurgia, a la totalidad de ese ramo en el país y, muy rápidamente, a casi todas las industrias de Francia. En sus comienzos se había tratado, por primera, de un movimiento lanzado por obreros jóvenes que actuaban por reflejo de la impugnación estudiantil y que consiguieron forzar la intervención de las grandes centrales sindicales, vacilantes ante lo que no correspondía, en absoluto, a sus estrategias.

Los sindicatos, lo que es en parte su razón de ser, están hechos principalmente para *seguir el movimiento*, lo que realizan por lo general estructurando los movimientos sociales y coordinándolos sobre bases mucho más sólidas que las de las simples huel-

Escena en una barricada levantada en el Barrio Latino contra la policía



gas improvisadas o espontáneas. Por otra parte, parar las fábricas en un país industrial moderno es relativamente fácil, puesto que a causa de la intensa *taylorización* del trabajo, una detención en un punto de la cadena o una interrupción de alguno de los aprovisionamientos detiene todo el trabajo que sigue al punto de ruptura y hace inútil el que le precedió. Esta última fue quizá la táctica puntual, pero la estrategia general pasó, de manera indiscutible —y, por lo que se vio, irreversible—, a manos de los grandes sindicatos.

Solidaridad obreros-estudiantes

La agitación huelguística máxima se concentró en París en Renault-Billancourt, la más célebre fábrica de la firma, a la que los estudiantes se dirigieron en cortejo, pero sin conseguir que los obreros les abrieran en ningún momento las puertas. Se cantó a ambos lados de la verja cerrada *La Internacional*... Se hizo evidente que los obreros, de manera instintiva, confiaban más en sus dirigentes, defensores o portavoces *naturales* que en las proposiciones maximalistas, contradictorias, exaltadas, que les llegaban de los estudiantes —expresadas además en conceptos poco populares o complicadamente intelectuales pese a algún esfuerzo de lenguaje—. Era el 16 de mayo y se vio que los sindicatos bloquearían toda unión.

Mientras tanto, el Gobierno, que permitió una importante entrevista ante la televisión de los tres líderes estudiantiles, lanzó un llamamiento, por boca del primer ministro, a la unión de todos *contra la anarquía*, aspecto de la comuna estudiante que quería subrayar cara a la mayoría silenciosa o moderada. Pero ya no se trataba sólo de *anarquía*, sino también de un potente movimiento social que se extendía a todo el país y que paralizaba, apenas veinticuatro horas después de haber comenzado, sectores de los astilleros, los ferrocarriles, la aeronáutica y el correo, generalmente con ocupación del lugar de trabajo.

El movimiento social había comenzado, en cierto modo, como reacción contra las amenazas que, se afirmaba, se cernían sobre las libertades sindicales, pero ahora se trataba ya —punto de vista impuesto evidentemente por los sindicatos— de reivindicaciones laborales propias. Solamente la CFDT, central desgajada del sindicalismo católico y abiertamente progresista, continuó hablando de *solidaridad obreros-estudiantes*. Fue el único sindicato que comprendió —al igual que el Gobierno— que en esa soldadura estribaba la única posibilidad de triunfo incondicional del movimiento.

La comuna estudiante, por su parte, proseguía, en el teatro del Odeón y en la Sorbona, su original y ultrarrápida evolución, plena de ideas fogosas pocas veces aplicadas, pero expuestas continuamente de manera acalorada y aún contradictoria, discutidas, ilustrando fielmente un aspecto del más libertario eslogan de mayo del 68: *¡Prohibido prohibir!*

Se entremezclaban o desarrollaban allí no sólo ideas políticas, sino proyectos de sociedad, filosofía, ética, costumbres, haciéndose verosímil creer que se había establecido una relación social nueva en la que todo era *posible*. Pero la vertiginosa celeridad que la comuna estudiante imprime a su propia creatividad y expresión ideológicas hace que éstas se devoren a sí mismas sin tregua y se pierdan. Ninguna idea predomina, y aunque alguno advierte que una política es siempre *una* idea hecha acción, su voz se disuelve en el extraordinario concierto de opiniones libremente expresadas.

El 18 de mayo regresó De Gaulle e hizo su primer comentario: *La reforme oui, la chienlit non (chienlit* es un término muy despectivo). Se interpretó entonces que De Gaulle no estaba dispuesto a ceder en lo general, pero sí en lo particular: algo para los obreros y nada para las esperanzas de alta política de los estudiantes, que sólo serían aceptados como *reivindicadores corporativos*. Hasta el término de los sucesos, el Gobierno se atendrá, contra viento y marea, a esa política, que quizá le proporcionó en fin de cuentas su final victoria.

En realidad, y pese al espectacular ambiente de la calle y de los lugares de trabajo, el Estado permanecía intacto. Conservaba sin menoscabo sus fabulosos poderes. El presidente había advertido a sus ministros que no tolerasen de ninguna manera (lo que implica el recurso a toda clase de medios) la ocupación de sus locales ministeriales, única acción capaz de introducir un nuevo poder y desbaratar el del Estado. Se abandonaban a la comuna estudiantil las universidades y a los obreros las fábricas, provisionalmente y porque el Estado *no está* allí, lo que De Gaulle sabe perfectamente. Además, lo comprueba una vez más

ahora, cuando ya hay diez millones de huelguistas y el país se desarticula (no el Estado ni su fuerza), porque los transportes (el aprovisionamiento) se paralizan también.

Un ataque político interviene entonces cuando la oposición presenta una moción de censura. Pero ésta, dada la hegemonía que posee la mayoría de asamblea en el sistema francés, carece de peligrosidad (las elecciones legislativas designan una mayoría para toda la legislatura, lo que convierte las censuras, siempre minoritarias, en puras declaraciones críticas sin efecto).

También se revela favorable para el Estado el hecho de que las huelgas no sean, en ningún caso, ni insurreccionales ni revolucionarias. La célebre pregunta del máximo dirigente de la CGT de entonces (Seguy): *¿Quién es Cohn-Bendit?*, consagró el divorcio total entre los sindicatos, a los que los trabajadores siguen en la huelga general ilimitada, y los estudiantes y sus ilusiones.

Y, sin embargo, Cohn-Bendit es todavía importante, porque se afirma que ha sido expulsado de Francia, y los estudiantes, que consideran rota así o burlada la amnistía obtenida, organizan una manifestación (22 de mayo) que, según cae el día, suscita graves choques que duran toda la noche.

Entonces el presidente De Gaulle pronunció un discurso ciertamente apaciguador, razonable, aunque quizá sin tener en cuenta las particularidades de lo que llamaban en ciertos medios *el motín*. Era a la vez un llamamiento a la cordura y una promesa de reformas, pero ese lenguaje o análisis lúcido no cambió, y no podía cambiar, la situación en la calle (y en las facultades y en las fábricas), donde ya se reivindicaba por delante de esas concesiones. Así, el general no logró en esa tentativa influir en el curso de los acontecimientos, que pareció abandonar a su destino.

Geismar había dicho que los terrenos de lucha eran la calle, las facultades y las fábricas (lo que implica quizá que Geismar no comprendía el mecanismo catilinario o que estaba inventando otro), y uno de los eslóganes más repetidos de mayo era: *¡El poder está en la calle!* Correspondiendo a estas ideas, los combates —hoy juzgados inútiles— del Barrio Latino prosiguieron con intensidad el día mismo del discurso fallido de De Gaulle.

Esa noche, manifestantes cruzaron el Sena e incendiaron parcialmente el edificio de la Bolsa, pero pronto cruzaron de nuevo el río, entre choques cada vez más duros, para refugiarse en su extraordinario feudo territorial, limitado por fronteras imprecisas y cambiantes a tenor de los retrocesos policiales o de las progresiones que les permitían sus continuas cargas, precedidas por *bulldozers*.

Esa noche se incendiaron comisarías y la policía lanzó granadas lacrimógenas (u ofensivas) en las redacciones de algunos periódicos, quizá porque se estimó no demasiado



Escena de un enfrentamiento callejero durante los hechos de mayo en París

bien tratada por ellos. Fue una noche de locura y de caos en la que, cuando alguien trataba de aconsejar o pacificar a otro, le era, por lo general, respondido: *¡Abajo la experiencia!*

La tribuna libre instalada en el Odeón trataba quizá de crear una experiencia nueva, pero se dislocaba en oposiciones irreductibles, ciertas curiosas formas nuevas de burocratismo o mando, y sufría también de la general crisis de autoridad que afectaba a Gobierno, sindicatos, partidos, profesorado... y líderes estudiantiles incluso.

Entre los estudiantes eran los Comités de Acción Revolucionaria los que encarnaban el mínimo necesario de *autoridad de funcionamiento*. Sin embargo, a partir de dos o pocos más de esos comités en contacto o en discusión ninguna tendencia unificadora se hace posible o es duradera. Todo parece disolverse o decaer en una pura expresión discursiva y, pese a la incendiada o sangrienta apariencia, pocas veces estuvo históricamente la aplicación tan separada de la teoría, de *todas* las teorías.

Abandonada a su propia dialéctica, en el hueco abierto por la dimisión *fingida* del Estado, la impugnación creció y se extendió. Hubo sucesos *contestatarios*, como se decía, en la televisión, en las radios (que desde el 23 de mayo no podían hacer reportajes directos sobre los choques). El Festival de Cannes saltó por los aires, y los colegios de médicos y los de arquitectos. Se impugnó en las clínicas, en las oficinas que aún funcionaban y en una buena parte de las familias.

La Iglesia, oportuna u oportunista, habló entonces de *crisis de civilización*, olvidando que se trataba de una civilización extraída en parte de ella; pero esa teoría explicaba, bastante bien, sin embargo, la causa de que los sucesos se hubiesen producido simultáneamente en países diferentes o alejados.

Las autoridades eclesiásticas afirmaron también que se trataba de una reacción contra el materialismo, lo que era cierto en lo que se refiere a las críticas contra la sociedad consumista, pero inexacto si se tiene en cuenta que la mayoría de los protagonistas de mayo eran filosóficamente materialistas. A través de algunos jesuitas y dominicos, la Iglesia trató de desviar en París, en su exclusivo provecho, algunos aspectos de la revuelta; pero nada consiguió —aparte de algunas sonadas participaciones individuales—, y hasta tuvo que hacer frente muy pronto a un contraataque *conservador* que le surgió en su propio interior y que al final obtuvo el apoyo del Vaticano (o al menos así se pudo deducir).

El presidente y su gobierno —era visible— estaban dejando que la situación se *pudriera* por sí sola, como se dice, dado que no estaban dispuestos a emplear la *gran violencia*. Una *gran violencia* que habría sido además *extraordinariamente complicada* de aplicar si su fin esencial era devolver por la fuerza a su trabajo a más de diez millones de huelguistas —lo que tal vez ni siquiera técnicamente es posible (lo afirma una vieja teoría anarquista muy criticada).

De todos modos, el Estado, dígase lo que se diga, conserva sus fuerzas (las armadas, por ejemplo) absolutamente intactas, y tiene en su mano aquello de que, como se decía en derecho español antiguo, la ley está garantizada en último término por *las uñas del verdugo*.

Negociaciones

Se ha derrumbado la Universidad, está en suspenso la producción, pero el Estado conserva su unidad y coherencia, sus ministerios funcionan, su ejército no ha sufrido ningún menoscabo material ni moral y la policía cumple con disciplina las tareas que se le encomiendan.

Además, *no se ha disparado un solo tiro*. Mao Tse-tung unió en un aforismo célebre revolución y fusil, pero en mayo de 1968 en París ningún fusil *ladra*, ni por un lado ni por otro, pese a que ciertas armas de fuego estén en venta libre... El movimiento estudiantil, carente de unidad e incapaz de forjarse una a causa de su propia estructura, necesita quizá un líder, pero cuando esto se discute la mayoría responde: *Aquí no hay ni habrá ningún Lenin*, y hubieran podido añadir: *Ni ningún Mao, Guevara o Catilina, fuera de la clase que fuese*.

El 25 de mayo el gabinete Pompidou aceptó abrir negociaciones con los representantes de los obreros en huelga general ilimitada, pero se trató de discusiones a tres: patronos (CNPF, Centro Nacional del Patronato francés), sindicatos y Gobierno. La huelga, que se alargaba en el tiempo, comenzaba a provocar una reacción favorable al Gobierno, en tanto que el cese de la producción *castigaba* duramente a patronos y trabajadores. En esas condiciones, la discusión se hizo *rápidamente constructiva*.

Como era de esperar, comenzó en torno al problema de las libertades sindicales (que fue el que hizo entrar en la impugnación a los sindicatos, siempre erizados ante la menor amenaza de pérdida o menoscabo de sus derechos o conquistas). Junto a este tema se discutió un problema de salarios (aumento para todo el mundo) y, el más espinoso, del pago de los días de huelga... Se avanzó muy velozmente en la discusión,

porque de todos lados se quería llegar a un acuerdo lo más rápidamente posible.

Sin embargo, se trataba de una negociación reformadora, nada revolucionaria, capitalista incluso, que tendía a realizar un reajuste social no desacostumbrado en cualquier país industrial democrático.

Esto es lo sorprendente: la negociación, pese a la gigantesca presión de la calle, no parece reflejar en sus objetivos el alarmante ambiente. Además, todas esas reivindicaciones de salarios ganadas constituyen, a fin de cuentas, un triunfo abierto de la sociedad de consumo tan criticada, puesto que aumentan el sacrosanto *pouvoir d'achat* (poder adquisitivo) en período de expansión —si bien, evidentemente, con alguna repercusión inflacionaria a la larga.

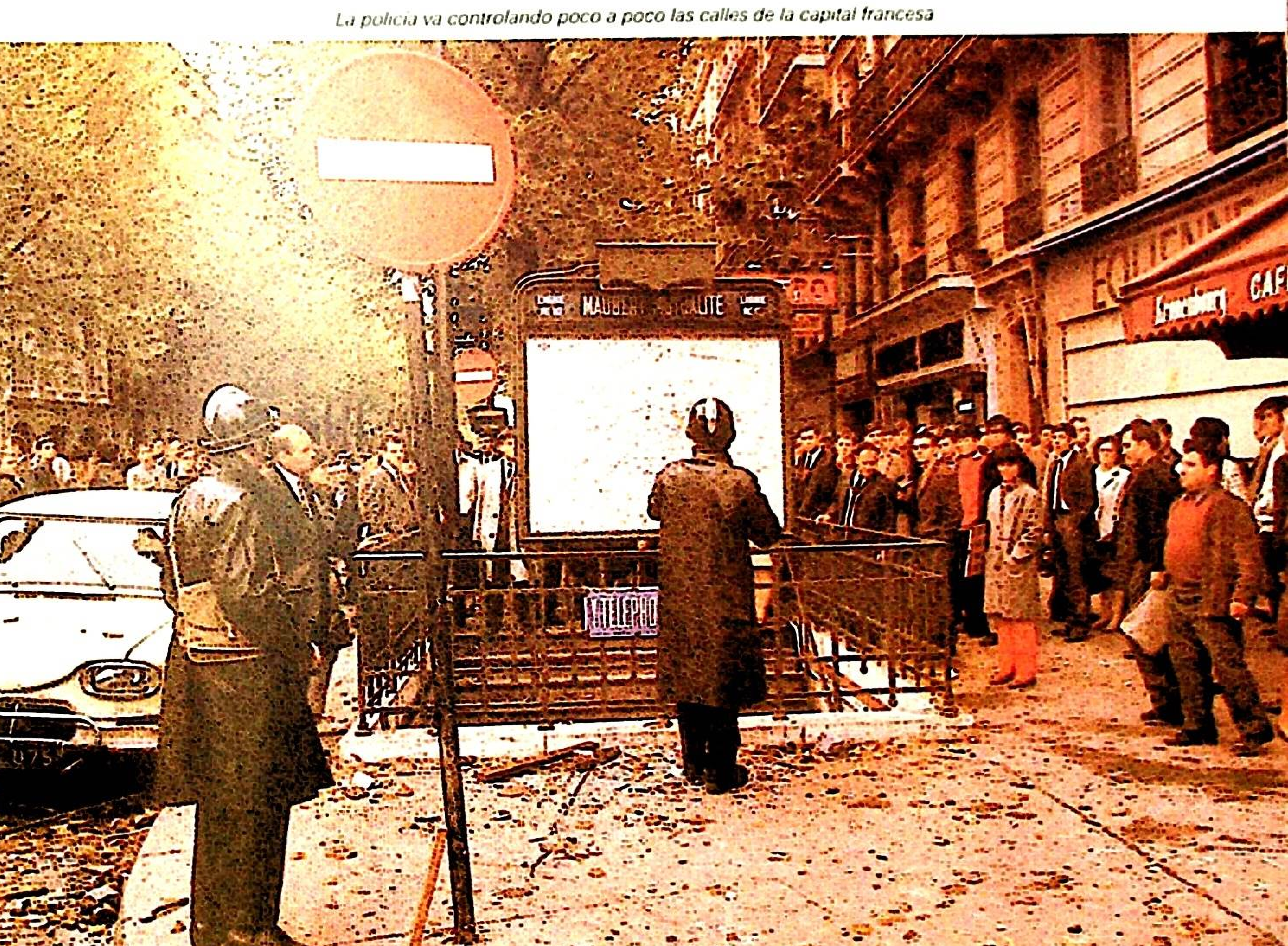
No hay, pues, problema grave, y el 27 de mayo se llega a resultados (son los que la historia conoce con el nombre de Acuerdos de Grenelle). Pero ahora es necesario presentar esos protocolos a la aprobación de los obreros.

Y la base, consultada, dio como respuesta un rotundo *no*, lo que prueba que la implantación de las ideas impugnadoras de mayo era superior, y quizá de naturaleza diferente, a lo que todos habían esperado. La partida continuaba, y se creyó otra vez, en un determinado momento, posible la famosa *soldadura*, que debería establecerse ahora bruscamente por encima (o por debajo) de los estados mayores sindicales, desbordados por la dinámica de la lucha.

Fue éste un punto crucial de mayo en el terreno social, pero ninguna de las reivindicaciones exigidas por la base obrera *más allá* de las concesiones de Grenelle tuvo carácter revolucionario. ¿Había que continuar, desde el punto de vista del Gobierno, esperando pacientemente a que la situación se dislocase por sí sola? Quizá ya no. La autoridad del Estado comenzaba ahora a estar verdaderamente en peligro, puesto que en algunos lugares ya no se hablaba de *libertades sindicales*, sino de *poderes obreros en la empresa* —lo que no es lo mismo, ni mucho menos.

Tuvo lugar entonces el importante mitin del estadio de Charlety, próximo a la Ciudad Universitaria de París (donde no hay faculta-

La policía va controlando poco a poco las calles de la capital francesa



des, sino sólo residencias de estudiantes). Fue un mitin verdaderamente masivo, convocado por la UNEF, y estuvo precedido por una manifestación que algunos llamaron *de masas* y que se desarrolló sin incidentes. Aunque todavía no se comprendiera, se estaba ya lejos, o alejándose, de los choques y de las barricadas.

Era principalmente un mitin político y rápidamente se trataron los más serios problemas cuando, por ejemplo, un dirigente de la CGT que acababa de dimitir (Barjonet) reprochó a ese sindicato y a los comunistas que no aprovechasen el *impulso revolucionario general* para derrocar el gaullismo. Sin embargo, a ningún observador escapó que si Barjonet decía eso y había dimitido era porque no había conseguido atraer a nadie a sus ideas (ninguna cascada de dimisiones de sindicalistas siguió a la suya).

Además, había otros indicios de final: el propio Geismar, uno de los grandes animadores de la comuna estudiantil, había sido destituido y reducido a simple militante del SNEP-Sup. Un signo más, decisivo en aquellos días, del cambio que se preparaba. Adiós euforia.

No obstante, en Charlety se concentró un día la *masa posible y dispuesta*, y quizá sólo hizo falta entonces el hombre que, dando un paso razonado adelante, tomara en sus manos la situación: ese hombre era François Mitterrand.

Mitterrand, uno de los reales hombres de Estado de la izquierda francesa, con gran experiencia del poder y cuyo hablar suave y pausado encubre una activa y empecinada voluntad, y sobre todo un sentido inquebrantable de lo que debe ser el Estado, era sin duda la única personalidad capaz de oponerse, en aquellas confusas condiciones, a la continuación del régimen gaullista. Evidentemente, no puede pensarse que fuera una revolución lo que él hubiera traído, pero el problema de la restauración del Estado lo habría, sin duda, convenientemente resuelto.

En su conferencia de prensa (hotel Continental, 28 de mayo), Mitterrand afirmó que en Francia, desde el día 3 de mayo, *no había Estado,* y dijo también que el desorden era lo único que el Gobierno podía agitar para buscar un consenso (principalmente de moderados y *silenciosos)* frente a la situación. Mitterrand pidió la retirada del general De Gaulle y de su gobierno y presentó su candidatura a la Presidencia de la República en unas elecciones a celebrarse tras un interregno que presidiría Pierre Mendes-France, hombre aceptado por la mayoría de la izquierda y una buena parte de la derecha. ¿Seguiría a Mitterrand el país?

Los observadores estaban preguntándoselo aún cuando el general De Gaulle aprovechó ese momento crucial para pasar a la acción, a *su acción*, y el 29 por la mañana *desapareció* sin asistir siquiera al Consejo de Ministros previsto para ese día. La sorpresa y un cierto grado de consternación fueron generales. ¿Abandonaba De Gaulle la partida? ¿Era su eclipse definitivo?

El presidente dijo retirarse a su propiedad de Colombey-les-Deux-Eglises, en Lorena, para reflexionar, pero en realidad siguió desde allí viaje a Alemania, en secreto, lo que inquietó a los que, sabiéndolo, pensaron que tal vez regresase a la cabeza de un ejército...

Para la mayoría, el viaje del jefe del Estado, y sobre todo su desaparición, adquirieron muy rápidamente un cariz dramático. ¿Dónde estaba De Gaulle? Se sabía que del Elíseo se había dirigido en helicóptero a la cercana base de Taverny y de allí al aeródromo de Saint-Dizier, de donde partió en avión en una dirección desconocida. Se sabía también que llevaba con él una parte de sus archivos... Era el 29 de mayo y la inquietud y la alarma crecieron, haciendo olvidar casi que en la noche del 26 al 27 *todos* los sindicatos habían firmado los protocolos de Grenelle y que el principio del fin —se desarrollara de la manera que fuere— había comenzado.

El Estado apareció en aquel momento no sólo con su autoridad discutida, sino también, aparentemente, sin titular. Sin embargo, el vertiginoso y monstruoso vacío político provoca miedo o incomodidad en muchos. Del lado gaullista se sabe perfectamente que el momento es decisivo y se convoca para el día 30, todavía sin saberse si De Gaulle regresará o no volverá más, una manifestación que se quiere gigantesca en *defensa de la República*.

El desfile tuvo lugar, protagonizado por gentes mitad desesperadas y llenas de fervor, pero muy movilizadas, y llenó los Campos Elíseos desde la plaza de la Concordia a la de la Estrella, donde está el Arco de Triunfo, y que más tarde se llamaría Charles de Gaulle.

Fue una manifestación llena, dijeron, de

ardorosos *futuros combatientes*, que equilibró un tanto la manifestación cegetista del día de la desaparición de De Gaulle, que recorrió, de la Bastilla a la estación de San Lázaro, los barrios centrales de la orilla derecha del Sena, mostrando bien su diferencia con los sucesos de la estudiantil y revoltosa *rive gauche*.

Mientras tanto, De Gaulle, en Baden-Baden, Alemania Federal, visitaba al general Charles Massu, comandante en jefe de las fuerzas francesas estacionadas (ya no son de ocupación) en Alemania y que tiene a sus órdenes las unidades más modernas del ejército.

Conversaciones en Alemania

De Gaulle y Massu pasean conversando por el crepuscular bosque alemán, el bosque que inspiró probablemente el arte gótico. ¿Qué ha venido De Gaulle a discutir? Algo, sin duda, que hubiera podido perfectamente despachar por teléfono directo, por radio, telescriptor o mensajero interpuesto, pero con lo que De Gaulle desea, sin duda, crear una fuerte e inolvidable impresión (y quizá también inquietud).

(Muchas gentes afirmarán, aún hoy, que el presidente viajó a Alemania a recabar la ayuda del ejército, lo que es absurdo, puesto que De Gaulle se había entrevistado varias veces ya con Massu durante la crisis, e incluso ordenado días antes movimientos de tropas preventivos en torno a París.)

Los gaullistas, que constituyen un partido populista perfecto (con sus defectos y ventajas consiguientes), sienten cambiar *el viento* —el general va a volver— y refuerzan sus organizaciones, a las que ahora se adhieren en masa numerosos moderados a quienes la posibilidad de una revolución inquietó. Paralelamente, otros enemigos de la comuna estudiantil comienzan a *contarse*, principalmente en grupos cívicos decididos a la acción y que engloban incluso a la derecha antigaullista más traumatizada por su derrota en Argelia. Hay como una movilización general visible y las reservas de gasolina se desbloquean.

De Gaulle regresó al mediodía y se dirigió al país por la tarde, a las 16.30 exactamente, y por radio, como en los tiempos difíciles de la guerra, a fin de obtener el máximo impacto. *Toda* Francia estaba prendida de los receptores cuando saltó al aire su voz vibrante y enérgica: *Je ne me retirerai pas (...). Je ne changerai que pas de premier ministre*, y se comprendió que un hecho nuevo había surgido: *el vacío político había quedado colmado*.

Ahora, para expulsar del poder a De Gaulle y a sus partidarios no bastaría con que se mantuviesen el desorden, las manifestaciones, las huelgas, sino que sería necesario combatir con armas adecuadas a las que esgrimiría un Estado moderno que no se resignaba a abdicar. Ello, dígase lo que se diga (y, sobre todo, lo que se dijo entonces), significaba una guerra civil, y nadie había tan indiferente a las tragedias que tomara sobre sí la responsabilidad de desencadenarla. Frente a mayo se había unido la entera Francia centrista, moderada, derechista, capitalista, superando por una vez todas sus históricas divisiones y muy decidida y dispuesta. *Esa fue la verdadera soldadura de mayo*.

La vida normal se restablecía. El número de huelguistas comenzó a disminuir poco a poco, al soslayo de negociaciones locales o parciales que tomaban como base lo adquirido en los Acuerdos de Grenelle y que a veces lo aumentaban. El voto secreto reveló que la mayoría estaba contra la huelga *ahora*.

Bibliografía

Graciela D'Angelo (comp.). *Imágenes y recuerdos: 1959-1970*. Barcelona, Las Ediciones del Tiempo, 1980. Ronald Berman, *America in the Sixties: An Intellectual History*. New York, The Free Press, 1968. D. Cohn-Bendit, *Le gauchisme, remède a la maladie senile du communisme*. París, Editions du Seuil, 1968. Régis Debray, «A Modest Contribution to the Rites and Ceremonies of the Tenth Anniversary (of May'68)», *The New Left Review*, 115, mayo-junio, 1979, 45-65. Alain Delale y Grilles Ragache, *La France de 68*. París, Seuil, 1978. Morris Dickstein, *Gates of Eden: American Culture in the Sixties*. New York, Basic Books, 1977. Irving Louis Horowitz, *Ideology and Utopia in the United States, 1956-1976*. New York, Oxford University Press, 1977. Seymour M. Lipset, *Rebellion in the University*. Boston, Little, Brown, 1971. Jack Newfield, *Bread and Roses Too*. New York, E. P. Dutton, 1971. Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*. México, Era, 1980. Edward Quinn y Paul J. Dolan (comp.). *The Sense of the 60's*. New York, The Free Press, 1968. Michel Sarrasin y otros, *Histoires de Mai*. Choisy-le-Roi, Les Presses du Temps Présent, 1978. José María Vidal Villa, *Mayo'68: La imaginación al poder*. Barcelona, Bruguera, 1978.